



Narrativa contemporánea

7

Territorio

Primera edición en castellano, 2024

Roberto, Segrov

Territorio, Bogotá, 2024.

p.324; 13,5 x 20 cm (Narrativa contemporánea # 7)

Director de la colección: Andrés Pinzón

ISBN: 978-628-95855-7-5

1. Materia: 860CO. Literatura colombiana. Novela. THEMA: FBN - Ficción urbana.
Narrativa contemporánea.

Título original: Territorio

Autor: Roberto Segrov

Colección: Narrativa contemporánea

Número en la colección: 7

©Roberto Segrov

©Man in the Box

Edición: Adolfo Villafuerte

Diseño de cubiertas: Javier Alarcón Guzmán

Imagen de cubierta: Elisa Estévez

Diagramación: Andrés Pinzón

info@favilaeditorial.com

<https://favilaeditorial.com/>

Primera edición

Bogotá - Colombia, febrero de 2024

ISBN: 978-628-95855-7-5

Impreso por Imageprinting Ltda

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Favila pretende con este aviso promover la compra de libros originales, que constituye el principal medio para fortalecer la cultura mundial e incentivar la lectura.

Roberto Segrov

Territorio



MAN IN THE BOX

*La cuestión ya no es más el "Díganos exactamente qué sucedió" de Derrida. Desde el punto de vista del colonizador, apasionado por la posesión ilimitada y deshabitada, el problema de la verdad se transforma en la turbada pregunta política y psíquica por el límite del territorio: díganos por qué usted, el nativo, está aquí. Etimológicamente alterada, la palabra "territorio" deriva tanto de terra (tierra) como de terrere (asustar), de donde territorium, "sitio del que la gente es ahuyentada". La demanda colonialista de narrativa lleva dentro de sí la inversión amenazante: díganos por qué estamos nosotros aquí. Es este eco el que revela que el otro lado de la autoridad narcisista puede ser la paranoia del poder; un deseo de "autorización" frente a un proceso de diferenciación cultural que hace problemático fijar los objetos nativos del poder colonial como los "otros" moralizados de la verdad.*Homi K. Bhabha

*The triple-spy turned into a
quadruple-spy and everybody loved
everybody
and it went on and on
and the hours passed and
it all finally vanished like a paperclip in a
bag of trash and I
reached over and flicked off the set and
slept well for the first time
in a week and a half.*

*"numb your ass and your
brain and your heart"*
Charles Bukowski

*Lo que no es...
lo que existe...
"Voces"*
Sandra Uribe

*

Soñaba con un cielo azul cortado por una cuerda en tensión. La cuerda vibraba mientras era jalada hacia los márgenes del sueño. La cuerda se reventaba.

Yo despertaba y descubría que alguien más habitaba el cuarto. Entonces recordaba y levantaba la cabeza en la apagada atmósfera y rescataba el volumen amenazado de Dee Dee. Me miraba y fumaba. Sus ojos de lince atravesaban la bruma casi sólida que se escapaba de su boca. Los labios se juntaban y una fantasmal sonrisa le curvaba la comisura del lunar, imperceptible, hacia arriba.

Yo me incorporaba sobre el codo para recobrarla de la distancia que poblaba el instante. Cuando vivía en Cupiagua, empezaba a decir, y yo me daba cuenta de que una luz sorprendida se colaba tras el cortinón y cortaba como una fría navaja azul el perfil ocioso de su cuerpo, solo por el lado izquierdo, de modo que era como si estuviera sumergida en un estanque de agua negra y unas algas indolentes le ocultaran la otra mitad, tenía la sensación, continuaba ella, de que me encontraba en una geografía que era el envés o un recorte de la totalidad de todo lo demás, de modo que no había manera de saber si uno hacía parte o no de la realidad colectiva. Yo me acuerdo, seguía, de que esa sensación se tornaba casi en certeza cuando escuchaba salir de alguna radio la melodía de Alejandro Rondón, y Dee Dee empezaba a susurrar la letra y se llevaba el cigarrillo a la

boca y chupaba con media cara dolida, y seguía cantando bajito, y yo reparaba en que la mitad visible del cuerpo le temblaba; el pezón inquieto, la curva violenta y derrumbada de la panza removiéndose en el inicio del muslo proyectado en un escorzo que penetraba en el vacío hacia mí, y la cadera excedida abismándose sobre el borde de la silla y yo quisiera devolver el tiempo / para encontrarte de nuevo / para mí / y hacerte reír / verte cantar / nunca / llorar / no tan hablar / porque seríamos felices, y la porción visible de su cuerpo como desfalleciendo y yo sentía terror de que la otra mitad, la invisible, estuviera seria y callada, quieta, observándome calmada en tanto aquello que veía yo seguía cada día en mi casa / hay lucecitas que van creciendo son mi / esperanza / cada día en mi casa / hay lucecitas que van creciendo son mi esperanza y yo aguzaba la mirada con la cara húmeda de anticipación sin conocer su canto y su voz de salamandra antigua que parecía viajar hasta mí desde un calor y una tormenta insondables, yo adelantaba la cabeza y mis ojos se hacían dos cortadas en la piel de mi rostro y el aliento buscaba quedárase por dentro como cautivo y ella cómo haría / para marcharme / sin tener motivo / qué les digo / no me pidas hacer lo que no puedo / te propongo mujer que todo sea un / misterio.

*

Venga para acá esa boca suya. Acérquese. Déjeme ver si eso que tiene ahí cabe apenas en mi mano o la desborda o la obliga a cerrarse sobre el aire. ¿Ve cómo se acopla perfectamente? Es como si mi mano hubiera sido cortada del molde del que vaciaron la forma de esto suyo. ¿Qué sería primero? ¿Mi mano? ¿Su seno? ¿Acaso su seno creció en la dimensión perturbada de mi mano para ser sustento y desespero de ser? Muy bien. Haré lo que me pida si se da la vuelta. Dese la vuelta. Eso. Despacio. Quiero adivinar el estremecerse acuoso de su carne donde más se concentran los volúmenes por la constancia acumulativa de la grasa. Quédese así. No tan entregada. Transmítame algo de su volición y desencanto. Como si lo hiciera a regañadientes, o más por complacerse a usted y no a mí; como si mi pedido hubiera correspondido, o se corresponde, con su deseo. Hágame creer que es usted a quien se le ha ocurrido darse vuelta y que, muy sutilmente, me ha hecho quererlo a mí también, con tanta intensidad como para haberlo suspendido todo para rogarle que se vuelva mientras la imagino evolucionar en la materia, como un buque naufragando en la noche de nuestra hambre.

*

Dee Dee desplazaba su mirada por el local y así como podía volverse glacial de desprecio y asco cuando entraba en contacto con alguien o algo que reaccionaba casi químicamente con lo que llevaba ella por dentro en el momento, podía transformarse en un abismo de luminiscencia erótica tan intensa que casi podía palpase o seguirse con un sentido para el que no hay nombre aún, y el aludido o la aludida parecía retorcerse en su lugar como si ella alargara un apéndice invisible y húmedo para hacerles dudar de sus límites corpóreos, de su adentro y de su afuera. Y todavía sin mirarme, pero con la pupila dilatada y el iris cristalizado por el éxtasis, suspiraba y me decía que cuando a su papá le amputaron las piernas como parte del tratamiento para la diabetes o como desarrollo natural de la enfermedad, ella había tenido que aprender a reparar lavadoras porque el hombre, en silla de ruedas, ya no podía hacer nada de eso. Había aprendido a diagnosticar los problemas mecánicos de los aparatos con solo escucharlos. Se sonreía y aseguraba que ello le había educado el oído para la música y vocalizaba casi sin aire duele la piel del ser lejano ausente / bajo la piel que riega la honda pena / faltan las blancas manos de azucena / y el corazón de heridas se resiente y volvía su mirada sobre mí con los amplios labios endurecidos y era como si no me reconociera o como si la hubiera insultado.

*

¿Ve cómo me tiene? Soy como uno de esos cilios primitivos que desarrollaron pacientemente un ojo en su extremidad con la esperanza de atravesar el vasto y umbroso panorama de alguna cerrada caverna en los primeros días del planeta. Simple, como un inocente organismo primario, reposo en la densa vorágine de este cuarto, de esta cama, que es el inicio y el fin de la luz; aquí los objetos aguardan para alimentarse de los desprevenidos fotones que osen colarse por las rendijas de los vértices, pero ignoran que a todo esto solo lo sostiene el aire y la fe y las ganas que nos tenemos. ¿Ve cómo me tiene? Y, abandonado a mi suerte en esta intemperie de la espera, cato y me remuevo lentamente para con mis señales invitar, seducir a su ávida mano que como un murciélago escabroso, ciego y feliz se topa con mi palpitante para envolverlo, para posarse en, sobre y alrededor de mí y cegarme y no alimentarse de mí, sino asirse a mí para atravesar el temporal de la espera mientras la disolución... No. Todavía no. Para llegar a eso, tiene usted que recitarme o leerme algo, así como está, boca abajo, arquee usted la espalda. Ello hará que el coxis se eleve y eleve a su vez lo ya elevado, mientras sus pechos se descuelgan lo suficiente como para rozar la sábana bajo usted. Haga como que lee para mí. Haga como que recita. Haga como que me canta en un susurro.

*

Se vertía sobre el momento una amenaza imponderable que podía yo indicar como si fuera una presencia. Un calambre me subía por la espalda, me cruzaba el cuello y se me enrollaba en la base del cráneo y alargaba sus ramas hasta uno de los costados de mi cabeza, y las manos las sentía ajenas, como puestas sobre la mesa apenas o colgando como dos cortes de carne a lado y lado de mi cuerpo; lejanos y repugnantes. Te digo que me daban unas ganas locas de salir corriendo. Algo iba a pasar. Algo que iba a pasar y que nunca pasaba, que nunca llegaba a resolverse acechaba el momento. Yo la miraba y se sonreía fugazmente, como si supiera que yo estaba allí para ser sacrificado o para ser cómplice de una ejecución o para ser testigo de algo que jamás se daba. Entre los dos se tendía un puente invisible, pero insalvable porque era como que yo lo ignoraba todo y ella fuera dueña de la verdad, y la verdad fuera una quimera que se alimentaba de mi pavor. Y la situación, pongamos, la escena sufría y se quejaba y recibía una herida o se rajaba de pronto y mi perspectiva se combaba, el espacio cedía como un piso que se viene abajo. Caía o me sabía caído, atrapado en la ocasión; la mesa se quebraba y yo me iba encima de la grieta y mis ojos se quedaban fijos en la luz que se empecinaba sobre la pared, o el enlozado sobre el que las sillas de las demás personas se sustentaban, y me quedaba así por un rato, sin saber cómo recuperarme, cómo retornar

al escenario en el que la vida acontecía y tomaba forma. Y volvía en mí y muchas cosas habían acaecido: Dee Dee guiando mi mano por encima de la pretina de su pantalón para introducir no uno sino dos o tres de mis dedos entre sus nalgas; Dee Dee refiriéndome una paliza que le propinara su padre a su madre y que evolucionaba en una golpiza hacia ella cuando tenía apenas cuatro años; Dee Dee susurrando a mi oído apartes de un poema que todavía no componía yo; Dee Dee extrayendo de su mochila de gitana un recorte minúsculo de cartón con la efigie de Mefistófeles sonriendo y poniéndolo bajo su lengua; Dee Dee revolviéndose como una comadreja y estrellando la cara de un hombre contra el borde de la mesa; Dee Dee en la entrada de su casa recostando su cabeza contra el dintel del portón, mirándome con dulzura y ansiedad e ira, con ojos húmedos de súplica mientras con su mano mínima me jalaba de la manga del saco.

Cuando volvía en mí, cuando podía recuperar el lugar que me corresponde en la invasión del aire, Dee Dee me cabalgaba con furia, con desespero ordenándome que la rompiera, como una salmodia incontenible, como una oración o mantra o ruego repitiendo que la rompiera por favor, Roberto, rómpemelo.

*

Encendamos solo la lamparita para no ser violentos con la adivinación que nace de la ceguera y la anticipación. Mire, léame algo de aquí. Lo que quiera. Si me conmueve, le rogaré que lo lea de nuevo en tanto mi lengua lo repite entre sus labios. Pero, espere, antes de iniciar, aprovechemos que hay un poco de esa grosera luz que da y revela y no pide nada a cambio, y déjeme comprobar la visión que mis manos se hicieron de sus pies. ¿Ve cómo todo va tan bien? No. No me malinterprete. No se trata de que haya una comprobación de lo intuido, eso me es indiferente y me resulta burdo. Es la exploración de otra posibilidad. Sus pies no son los mismos ahora que cuando mi piel los conoció en la temperatura y la apagada forma, ahora son otra cosa. Ahora son íconos para entronizar. Ahora se han transformado en un tótem para mí. Entérese: ahora que lo sé, que usted pisa el mundo con esos apéndices, como puntos de loto, estaré inquieto. Podré estar mañana en un punto móvil sobre la impertérrita superficie de Siberia, departiendo con los antiguos creyentes de la rama ortodoxa de la iglesia bizantina y todo se habrá convertido en una coordenada que me hará volver a mi sencillo credo podal o podálico. Dígame, ahora que el daño está hecho, ¿cómo haré yo para sentarme en la mesa de los justos si tengo su pie gravado en la retina y en la forma de mi mano y en la ahora abandonada cubierta de mi piel de homínido? Por favor, lea que creo que empezaré por acá: su pie el universo. Su pie mi refugio. Su pie la piedra sobre la que edificaré mi iglesia.

*

Pero Dee Dee tenía sus teorías. La veía yo venir como fundiendo la atmósfera a su paso. La gente. La turbamulta. Ese ruido que saturaba y sigue, impune, hartándolo todo: el tiempo, el espacio, la luz, que es experiencia, la noche, que es lugar; la canalla, la chusma, el populacho, la gente-cilla, el vulgo, la morralla, la patulea, la manada, la plebe, la horda, la hez, en fin, los otros no podían contenerla. Avanzaba, intocada, con su vestido de flores menudas flotando elevado sobre los muslos por acción de las caderas y el vientre; sus botas peladas y contundentes parecían ablandar el concreto que las sustentaba y que, me figuraba yo, estaba allí con el único propósito de conducirla a mí. El cabello alborotado a un lado y rapado al otro no le cubría la expresión de enfado, porque, como yo, abrazaba a la especie con el mismo rencor y desagrado. Ambos coincidíamos en que la demografía humana era solo una variación del telón de fondo con que venía la envoltura de la experiencia vital. Como podía suceder la humanidad, podía suceder el manantial o el siniestro viento del erial que siempre aguarda su ocasión.

Nos separaban unos cuantos pasos y Dee Dee me sonreía con una expresión que daba miedo contemplar. Algo dentro de mí se recogía y temblaba, abandonado a su suerte, a la vez, ese algo se removía en la gelatinosa sustancia del presagio. Era yo, siempre, un cordero sacrificial. La hoja

reluciente y afilada, también la sensible piel expectante. Me comía la boca como confiándome sus ganas de que levantara el ribete del vestido y la pusiera contra el suelo o contra cualquier muro, detrás de un poste o de una puerta o de un murito de antejardín para entregármele todo allí mismo. Separaba su rostro y me decía que fuéramos donde Cano. El nombre del cantinero era como un mantra en su boca. Cano no era solo el nombre de quien nos servía en el antro al que solíamos ir por entonces, sino que era metonimia: Cano era el alcohol que nos íbamos a tomar y la música que íbamos a escuchar; Cano era una suerte de centro de operaciones étlicas, una estación de paso para mezclarse con la especie en el único contexto en el que se le podía tolerar.

Antes de llegar donde Cano, pongamos, a unas nueve calles, pasamos frente a un local que apaleaba la acera con el ritmo tropical de *Mi vecina* de Juan Diego Gallego, interpretada por el Grupo Galé; Dee Dee, naturalmente, se incorporaba al ritmo, meneaba un poquito las caderas, me miraba, retiraba la mirada y giraba la cabeza para darme parcialmente la espalda y susurraba y yo no sé a dónde va / mi vecina, mi vecina / yo sé qué es lo que tiene esa negra cuando camina / mi vecina, mi vecina / con su camina' o mi corazón me domina / doblábamos la esquina y decía que el placer sostenía el adentro y afuera, en el sexo, en la exclusividad, en lo referente al excluido y al exclusivo. Pensemos en que el sexo es contacto, un contacto que busca invadir, entrar y dejar algo adentro, aunque no siempre, pero sí que funciona entrando y saliendo, no siempre, pero aun cuando no se resuelve en un dinamismo de entrada y salida, la gravedad, o sea, la agravación de lo que se siente, hace que una quiera abrir una herida en el otro y en una misma

para que ambas interioridades entren en contacto, ello, por supuesto, es un despropósito, porque no serviría de nada exponer el adentro al adentro del otro, pienso, decía, que todo tiene que ver con la imposibilidad de que eso suceda y es por eso que ponemos en contacto una exterioridad con una interioridad. Asimismo, sucede en todo lo demás. Lo que sostiene la realidad en su fragmentaria experiencia y exposición es la tensión que hay entre el adentro y el afuera. Está, por ejemplo, lo exclusivo: a lo exclusivo quieren, siempre, acceder los excluidos. Su movimiento es el de entrar a. Los excluyentes, que están de ese lado de la frontera a donde los otros quieren entrar se solazan con la idea de exclusión, con el solo placer o la sola anticipación del deseo del otro, que se convierte en una imagen especular de su deseo, de modo que los de adentro excluyen con el solo fin de sentir que hay una intención que quiere romper la brecha y entrar. Pero hay algo muy raro, ¿no?, y miraba sus botas y miraba a la gente pasar como si le dijera todo aquello a ellos y no a mí; se acercaba y me pegaba con la cadera y me hacía trastabillar y canturreaba mi vecina, mi vecina / no sé qué tiene que a todo el mundo fascina, y seguía, ¿recuerdas el día en que nos amanecimos en esa placita de la iglesia?, que empezaste a hablar en lenguas (realmente hablé solo en inglés) para alejar a los chicos pillos estos que se nos acercaron y lo que lograste fue seducirlos para que se quedaran. No entendían ni jota de lo que decías y eso los hacía querer estar, quedarse a untarse de tu aura de espécimen impenetrable: querían entrar en tu significado, a la vez, te ofrecieron, bueno, nos ofrecieron aguardiente y fue muy chistoso porque, en tanto más te empecinabas en decir que era tequila o vodka, ellos más querían que entraras en su significado y comprendieras que era puro chinchín. Dee

Dee se reía a carcajadas y me pegaba con la cadera para hacerme caer y decía que lo interesante de la situación aquella era que había un claro nivel de impostura porque era obvio que yo no era extranjero y que ellos seguro lo intuían. Y concluía diciendo que esa dinámica del deseo se resolvía en la comprensión de que el dentro es el afuera, como afirmara Hermes Trimegisto, y que por ello los sistemas políticos se basaban en unas cuidadosas reglas de exclusión y exclusividad, puesto que había que mantener la libido despierta para que el mundo siguiera su insolente rotar, porque el rotar estaba presente en la abstracción y la abstracción es lo único que tenemos. Llegábamos donde Cano y ella se ponía las manos a lado y lado de la cabeza y se removía el cabello y chasqueaba los dedos y giraba su cabeza hacia mí y hacia el interior del local alternativamente, para luego volverla a mí con una mirada gélida, de fastidio, de desconocimiento de quién mierdas es usted, qué hace ahí mirándome gurrusapia con ojos, genoflexo parlante, esquinero, bataclana, lameculos, saltimbanqui de la palabra, zopenco, mastuerzo, tarugo, cretino, lerdo, tuercebotas, pazguato, bebecarcos, cabezabuque, calientahielos, cantamañanas, cebollino, cenutrio, cuerposcombro, gurriato, gilipuertas, lechuguino, lamecharcos, lamebotas, mequetrefe, ganapán, y se iba a sentar repitiendo, no melodiosamente sino entre dientes, como degollando las palabras que entra y sale (qué es lo que pasa) / que entra y sale (con mi vecina) / que entra, que entra...